

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



DON VENTURA RODRIGUEZ.

LA estrella de la prosperidad se había ido eclipsando para la España en vida del último monarca de la dinastía austriaca, imbecil y menguado heredero del nombre é imperio del triunfador de Pavía. Las artes y las letras, que tan alto habían elevado el nombre español durante dos siglos, representadas por los Herreras, Toledos y Berruguetes, por los Cervantes, Lopes y Calderones, habían sufrido la misma decadencia que nuestras armas y nuestra política, y cedieron también el cetro á la influencia de la corte reguladora de Luis el Grande. «*La Thalia española*, dice Jovellanos, *había pasado los Pirineos para inspirar al gran Molière:*» Zamora y Cañizares recojían los últimos suspiros de las musas de Rojas y Moreto, y con ellos desaparecieron también en las artes las buenas tradiciones de Murillo y Velazquez, de Hernandez y Pereyra, de Luis de la Vega y Gaspar de Mora.

Todo yacía envuelto en la misma tiniebla y contradicción: religion y política, economía y administración, artes y literatura. La superstición ocupaba el lugar de la sólida piedad; la intriga palaciega había robado el ce-

tro á la política: la pedantería se disfrazaba con la máscara de la ciencia: los ridículos exorcismos hechos al cadáver coronado, y las oscuras intrigas del P. Nitard, ocupaban la corte, mientras la literatura yacía envuelta en los alambicados conceptos de Sor. Juana ó de Gerardo Lobo, y gemían las artes con los delirantes monumentos de Donoso y Churiguera.

La muerte del monarca *hechizado*, la dilatada guerra de sucesion, y el cambio de dinastía, fueron causas suficientes para dar por tierra con todo lo existente, y hacer surgir de aquel oscuro caos una nueva sociedad, que aunque no tan potente ni tan original como la anterior en sus buenos tiempos, era, á no dudarlo, mas vigorosa y racional que aquella en su decadencia. A esta sociedad, pues, restaurada, pertenece la primera mitad del siglo XVIII, y los nombres de Alberoni y Patiño en la política, de Barceló y Sta. Cruz en las armas, de Luzán y Montiano, de Jubara y de Rodriguez en las letras y las artes, son timbres gloriosos para aquella edad, que aun la nuestra debe mirar con respeto.

Limitados por hoy á tratar de este último, despues

de haber indicado ligeramente la fisonomía general de la época en que le tocó figurar, veáguenos, pues, á dar á conocer á nuestros lectores algunos de sus trabajos artísticos para la grande obra de la regeneracion del buen gusto en nuestro país.

Don Ventura Rodríguez Tizon nació en Ciempozuelos, á cinco leguas de Madrid, el día 14 de julio de 1717, y fué hijo de Don Antonio Rodríguez y doña Gerónima Tizon, los cuales desde muy niño le pusieron á delinear con el ingeniero D. Estevan Marchand, que dirigía las obras reales en Aranjuez. Allí permaneció algunos años estudiando y delineando bajo la direccion del dicho Marchand, de Galvez y Bonavía, hasta que el abate Jubara, que formaba por entonces los planos del nuevo real palacio de Madrid, prendado de algunos trabajos que vio del joven Rodríguez, le llamó para que fuese su delineador, y le ayudase en la ejecucion del magnífico modelo del palacio, que continuó Rodríguez despues de la muerte de Jubara, y aun se conserva en el Museo topográfico de Madrid.

Encargado luego de la obra del palacio el italiano Sacchetti, continuó valiéndose de los auxilios de Rodríguez, que de este modo tuvo una gran parte del mérito en aquella hermosa construcción.

Con este y otros muchos trabajos que hizo por entonces, creció su justa fama en términos, que en 1747 fué nombrado académico de S. Lucas de Roma, en 1749 arquitecto delineador de la fábrica de Palacio, y erigida la academia de S. Fernando en 1752, mereció el singular honor de ser nombrado primer director de arquitectura.

Ocupado constantemente en la enseñanza, ya en la Academia, ya en su propia casa, en la cual recibia con la mayor atención y dirigia los pasos de los jóvenes que manifestaban disposicion para las artes, presentando continuamente vastos y delicados planes de obras, no solo para la corte, sino para todas las ciudades y villas del reino, pues de todas partes se le consultaba como un oráculo, asistiendo con exactitud á los debates y consultas de las sociedades económicas y artísticas, y formando con sus discípulos un plantel escogido de propagadores del gusto y la razon, tuvo tal influencia, y fijó de tal manera con sus numerosas obras los sólidos principios del arte, que á una voz fué aclamado con el título de *restaurador de la arquitectura española*, título que la posteridad confirma hoy, y que aun sería mas justificado, si la envidia, que nunca aparta la vista de los genios superiores, le hubiera dejado poner en planta las grandes obras que ideó.

Pero desgraciadamente, y en medio de aquel gran crédito y opinión general, y de los honores y distinciones que se acumularon en su persona, como director de las academias de S. Fernando de Madrid, y de S. Carlos de Valencia, maestro mayor de Madrid, del cabildo de Toledo, y de otras muchas corporaciones, todavía tuvo que luchar constantemente con la perseverante intriga de sus émulos inferiores; y hasta decir que en la misma capital sufrió el injusto desaire de ver preferidos los planes de aquellos á los varios y magníficos que presentó para muchos edificios públicos. Sin embargo, la opinion de su superioridad era tal, que apenas le bastaban los momentos para responder á los innumerables encargos y consultas que se le hacian de todos puntos del reino, y asombra verdaderamente leer la relacion gigantesca de los trabajos con que Rodríguez supo responder á aquella universal distincion. Bien quisiéramos dar aquí un traslado de ella, para que nuestros lectores formasen una idea de la infatigable laboriosidad de aquel hombre superior, pero no lo

permiten los estrechos límites de este artículo, y así nos limitaremos á algunas indicaciones, remitiendo á los que gusten saber el resto á la misma relacion de las obras de Rodríguez que formó el Sr. Ceán en su excelente historia de los arquitectos españoles.

De los infinitos planes que trazó Rodríguez para ejecutarse en Madrid, solo tuvieron efecto la iglesia parroquial de S. Marcos; la fachada de la iglesia de los Mostenses (hoy demolida); el adorno interior, el altar mayor y el tabernáculo de la iglesia de la Encarnacion; la capilla de la orden tercera del convento de S. Gil, que no existe; la iglesia de los padres del Salvador, hoy de la cárcel de corte; y la casa del Saladero; reedificó el teatro de los Caños del paral, que no existe; y tuvo á su cargo el arreglo del altar mayor de S. Isidro el real; el palacio del duque de Liria; y empezó á construir la fachada del conde de Altamira en los terminos de que aun se vé muestra en una parte de ella que dá á la calle de la Flor Alta; trazó y diseñó las bellas fuentes del Prado; y una cloaca que desagua fuera de la puerta de Atocha; la fuente llamada de las Galápagos en la calle de Hortaleza; y algunas otras obras.

Mas por desgracia todas fueron muy inferiores en importancia á las magníficas cuyos planos trabajó y presentó, y no fueron ejecutadas.—Tales fueron las de un edificio inmenso para hospital general, galera, inclusa y desamparados. Otro para la casa de Correos. Otro para iglesia y convento de S. Francisco el grande. Otros cinco para la puerta de Alcalá. Otro de un precioso peristilo para el paseo del Prado que se habia de construir delante de las caballerizas del Retiro, á lo largo del salón, con el objeto de poder servir de paseo cubierto, y contener gran número de cafés, botillerías, y un gran terrado para músicas. Otro para una biblioteca pública y seminario, y otros infinitos para todo lo que falta en Madrid; pero todo grande, bello y propio de una capital; cuyos preciosos planos creemos que yacian en algun archivo, olvidados de los que mas debieran estudiarlos.

En las provincias, lejos de las intrigas de la corte, se hizo mas justicia á su mérito, y se le encargó de ejecutar obras de la mayor importancia. En Zaragoza renovó completamente el hermoso templo del Pilar; y construyó en él la preciosa capilla de la Virgen, con un gusto y magnificencia que en nada ceden á las mas suntuosas obras de Herrera. En Cuenca dirigió el magnífico retablo de mármoles de S. Julian, en la catedral, obra singular en su género. Hizo los diseños de la rica fachada de la Catedral de Santiago de Galicia; construyó la capilla del Sagrario en la catedral de Málaga; y otras infinitas obras para las catedrales de Toledo, Pamplona, Osma, Murcia y Almería. Ademas trazó la iglesia catedral de la ciudad de Sta. Fé; la difícil y admirable obra del Santuario de Covadonga; las de Sto. Domingo y de los Misioneros en Valladolid; la iglesia parroquial de S. Sebastián de Azpeytia; arregló la iglesia parroquia de Francarral, y construyó, reparó y dió trazas para otras infinitas en todo el reino.

En Córdoba tuvo buena parte en la construcción del colegio de Niñas pobres, y en Toledo en el de Doncellas nobles, que reformó con mucho gusto, dirigió y construyó el lindísimo palacio de Bobadilla para el infante Don Luis; en los hospicios de Oviedo, de Olat, de Gerona y otros varios, trazó los planos ó dirigió y concluyó la obra para casas consistoriales de la Corona, Betanzos, Toro, Burgos, Miranda de Ebro, Corral de Almaguer y otras muchas poblaciones, hizo bellísimos diseños; así bien como plazas públicas en Avila, Burgos y Puerto Real, cur-

teles en Rueda, Medina del Campo, Isla de Leon y Arábaca, las cárceles en Burgos y Brihuega, teatros para Murcia, Sevilla, la Coruña y Palencia; aunque ninguno de los cuatro se construyó; y una infinidad de otros proyectos para construcciones nuevas, reparacion de obras, de caminos, puentes, y obras hidráulicas, que seria prolijo enumerar.

La prodigiosa actividad de Rodriguez, su esquisito gusto y sus muchos viajes á todas las provincias del reino, le produjeron tal suma de conocimientos, tan acertado fruto de observaciones, que le hacian muy superior á su misma época, y aun á las que la han seguido, y es de lamentar que estos estudios, estas preciosas observaciones de aquel gran filósofo y artista, que atestiguan sus obras y proclaman las concienzudas plumas de Jovellanos, Ponz y Cean Bermudez, no fuesen consignadas por él en un libro que pudiese servir de código precioso á los cultivadores del arte moderno, con lo cual el nombre de Rodriguez acaso no desdeciria al lado de los de Paladio y de Vitruvio.

Este célebre arquitecto, y excelente español, murió en Madrid á los 68 años de su edad en 1785, y fué sepultado en la iglesia parroquial de S. Marcos, única que la envidia le dejó construir en esta capital. Su sobrino y discípulo D. Manuel Martin Rodriguez (á quien tuvimos el gusto de conocer en sus últimos años), fué un digno continuador de la fama de su tio, como lo acreditan en esta corte los bellos edificios del Depósito hidrográfico; el Conservatorio de artes; el convento, hoy cuartel de S. Gil; la aduana de Málaga, y otros fuera de Madrid.

M.

VENTAJAS DE LA CIENCIA.

El saber es un bien que no pueden quitarnos

No: el esplendor de los metales que vienen de las regiones mas remotas á nuestro continente; los favores que una ciega diosa dispensa tal cual vez; los títulos que tanto lisonjean el orgullo de un ambicioso... nada de esto tiene atractivos para el verdadero sabio. Está bien persuadido de que una tempestad es bastante para ver sumergirse las riquezas que Chile nos envia. Sabe que las mayores fortunas no están al abrigo de los reveses, y que el tiempo destructor, ó la negra envidia, borran los dictados mas pomposos. ¿Cuáles son, pues, los bienes que su alma desea? Los conocimientos que se adquieren á costa, es cierto, de un trabajo asiduo, pero que una vez adquiridos le acompañan despues hasta el sepulcro. Hé aquí el único objeto de sus deseos; hé aquí el escudo impenetrable que opone á todos los dardos que una suerte rigurosa puede lanzarle.

En cualquiera posicion que situéis al hombre verdaderamente sabio, sabrá formarse una felicidad independiente de los caprichos de la fortuna, de la inconstancia de las ondas irritadas, y de la injusticia de sus perseguidores. Aunque le encierren en la prision mas horrible, su alma gozará siempre de una dulce tranquilidad. Los rayos de los astros no penetrarán en la profundidad de su calabozo; pero su imaginacion, rompiendo con vuelo rápido el inmenso espacio que los separa, oirá los conciertos armoniosos de su marcha, y aun los dirigirá en su curso irregular.

No temáis que estando solo le abrumen el *fastidio* consumidor. Desde el subterráneo que le encierra goza del espectáculo mas variado; vé el saqueo de las pasiones, los resortes secretos que las hacen obrar, las vicisitudes de las cosas humanas, y las revoluciones y caídas de los imperios. Conversa con los hombres de todas las siglos y de todos los países, y llevando consigo mismo sus luces, es áncir, sus bienes y sus ventajas. Luego que tiene el conocimiento de su existencia, su dicha no puede ser alterada en cualquiera circunstancia incómoda que pueda hallarse.

*Si fractus illabatur orbis
Impavidum seriem ruina.*

Aquellos, pues, cuya alma entorpecida fué siempre envuelta en los límites estrechos de la ignorancia, no pueden pretender tener parte en la esquisita fruición que procuran al entendimiento las reflexiones sobre diferentes objetos, de las ciencias. Los hombres que por desgracia han nacido con esta antipatia hacia las letras, están condenados á ver correr sus dias entre disgustos continuos, y una ociosidad y dejadez, *no saber que hacerse*, mil veces mas fastidioso que la aplicacion mas asidua.

Pues á la verdad no encuentro fatiga tan importuna, como los de un ignorante sin ocupacion ninguna.

Cuando decia nuestro Alfonso X, á quien la posteridad con tanta justicia dió el título de sabio, *que si la sabiduria se vendiese, agotaria al instante sus tesoros*; no ignoraba cuán deliciosos son los momentos que se emplean en un estudio útil é interesante. Esto mismo habria experimentado Roberto (1), aquel monarca comparado con el precedente, pues como él fué filósofo, erudito, físico, metafísico y poeta; el cual confesaba que si hubiera sido necesario optar entre la pérdida de su reino, ó la de sus conocimientos, hubiera sacrificado gustoso su corona antes que verse privado de estos últimos tesoros.

En vano los amigos de Anaxjas le aconsejaban que emplease algunas horas de tiempo para poner en orden sus negocios domésticos, que estaban muy desarreglados por su negligencia, únicamente ocupado en los encantos del estudio: él les respondió: *Oh amigos míos! ¿cómo dividiría yo un tiempo entre el estudio y los negocios, yo que prefiero una sola gota de sabiduria á mil toneladas enteras de riqueza?...*

Mucho tiempo há que se busca una *panacea* universal, y estamos persuadidos que aquellos que aman el estudio la han hallado. El dulcifica nuestros males, disipa nuestros pesares, vivifica todas las facultades de nuestra alma, y la dá (permutaseme esta frase) una repugnancia que no pueden procurarla nunca los demás placeres á que pedía entregarse. Esto es, sin duda, lo que un célebre cortesano (2) quiso dar á entender cuando respondió á Luis XIV que le preguntaba de qué le servia tanto leer: *Sire, la lectura hace á mi espíritu, lo que vuestras perdices á mis carrillos.*

¡Oh vosotros, á quienes funestas inclinaciones r o arrebatan todavia. Vosotros que aun sois libres y que, por decirlo así, podeis escoger vuestros gustos y decidir; entregaos á las letras, aficionaos al estudio, sembrad en vuestra juventud conocimientos cuya abundante cosecha sea la alegría, y pasto de vuestra vejez. Mirad que los que se ha-

(1) Roberto, rey de Nápoles, honró á todos los salios en su tiempo, y con preferencia á Francisco Petruca, murió un año de edad de sus sesenta, de quienes habia hecho la felicidad.

(2) El duque de Vivona y este señor tenía la vez estremada (ante fuesa y encarnada). (V. el Ensayo sobre el siglo de Luis XIV por Mr. de V. ant. Montepan.)

unos bellos dias pasan como una sombra...; Por cuán felices os tendreis, si habeis sabido economizar recursos para aquel terrible tiempo en que el hombre que ha sido enemigo de las ciencias, no vé otra perspectiva que la vergüenza, el tedio, el dolor y el sepulcro!

G. R.

UTOPIA DE TOMAS MORO.

LA Utopia de Tomas Moro, Canciller del rey de Inglaterra bajo Henrique VIII, se compuso á principios del siglo XVI en idioma latino, única que entonces usaban los sabios; supone Tomas Moro que se encontró en Amberes con un viajero instruido, llamado Rafael, con quien contrajo estrecha amistad. Las conversaciones de ambos jiraron comunmente sobre la filosofía y el gobierno. Rafael ataca vigorosamente los abusos de las monarquías europeas, declama contra su despotismo y males que acarrea, contra el servilismo de los palaciegos, la venalidad de los empleos, la mania de las conquistas, etc., etc. Pero se declara sobre todo su indignacion contra los magnates. Les acusa de todos los males públicos, y de que su lujo invadía y lo destruía todo. Las propiedades concentradas en sus manos eran la causa del monopolio que producía el alto precio de los granos, privando al pobre de su subsistencia, y obligándole á que se echase al robo: pues en su sentir la multitud de robos dimanaba de la miseria de los particulares y de la codicia de los grandes que poseian los terrenos; y echaban de ellos á los propietarios pequeños á fuerza de vejaciones. Habla en seguida del rigor de las leyes represivas, y prueba que este mismo rigor las hace ineficaces. «Una extrema justicia, dice, es una injusticia extrema: si con el mismo rigor se castiga á un ladrón que á un asesino, necesariamente sucederá que haya mas asesinos que ladrones, no deteniéndose ningun hombre perverso en un delito que la ley castiga de la misma manera que un crimen.» Declama tambien contra la pena de muerte, apoyándose con la ley de Moisés. Concluye de todo lo dicho que no puede haber felicidad en los estados en que existen semejantes abusos.

A las objeciones que le hace su interlocutor sobre lo dicho, contesta Rafael, refiriendo las maravillas del gobierno de Utopia, isla situada en América (se acababa de descubrir aquella parte del mundo).

La isla Utopia comprende cincuenta y cuatro ciudades populosas. Su forma de gobierno es republicana. Cada ciudad envia á la capital llamada *Amanrota* (voz que en griego significa *descenada*) tres representantes, que reunidos á los otros diputados, constituyen el Gran Consejo. El jefe del gobierno le elige este senado á perpetuidad. El estado distribuye entre los ciudadanos el terreno por iguales partes, y todo es allí comun, la vida, la propiedad y el terreno. Los ciudadanos dejan de diez en diez años la casa que han habitado para ocupar la que les adjudique la suerte. No hay distincion alguna exterior, ni aun en los vestidos, que son todos de la misma tela y hechura. No se tolera la ociosidad, y todo el mundo trabaja. La profesion principal es la agricultura; no se ejercen las otras sino en utilidad general, sin retribucion alguna, y jamás con esperanza de lucro, no conociéndose allí el comercio. Sin embargo, se cultivan las ciencias y artes, y los sabios, artistas y sacerdotes forman una clase aparte, en la que á nadie se admite sino con dictámen de los magistrados. Los trabajos considerados como viles los desempeñan aquellos á quienes sus infracciones de las leyes ha privado de su cualidad del

ciudadanos y reducido á la condicion de esclavos. Si el número de esclavos no basta, los compran en otros países. La esclavitud es casi la única pena que se impone á los criminales. En cuanto á otros delitos, no hay ley especial para cada uno de ellos, quedando al arbitrio de los magistrados señalar los castigos. En caso de enfermedad incurable se aconseja y aun se ordena el suicidio; pero en otra cualquiera circunstancia el que se suicida queda privado de sepultura. Es libre el ejercicio de toda religion; pero la del estado es el deísmo y la inmortalidad del alma. Lejos de desechar los placeres se abandonan á ellos, convencidos de que se fundan en la naturaleza misma del hombre, y en la voluntad de Dios. El que altera la tranquilidad pública con una manifestacion demasiado violenta de sus principios religiosos, es preso, sea católico, deísta, ateo ó pagano. En un estado de este modo organizado no hay jamás guerra civil, y mucho menos extranjera. Por otra parte, la situacion de la isla es tal, que no puede abordarse á ella sin el auxilio de los naturales, á lo que se añade que fundadas en la justicia y la buena fé sus relaciones, alejan toda diferencia con los demas pueblos. Para concluir su pintura añade Rafael que entre aquellos dichosos mortales el oro, absolutamente inútil, no se mira sino como una superflua despreciable, y se le emplea en los destiños mas viles de la vida doméstica.

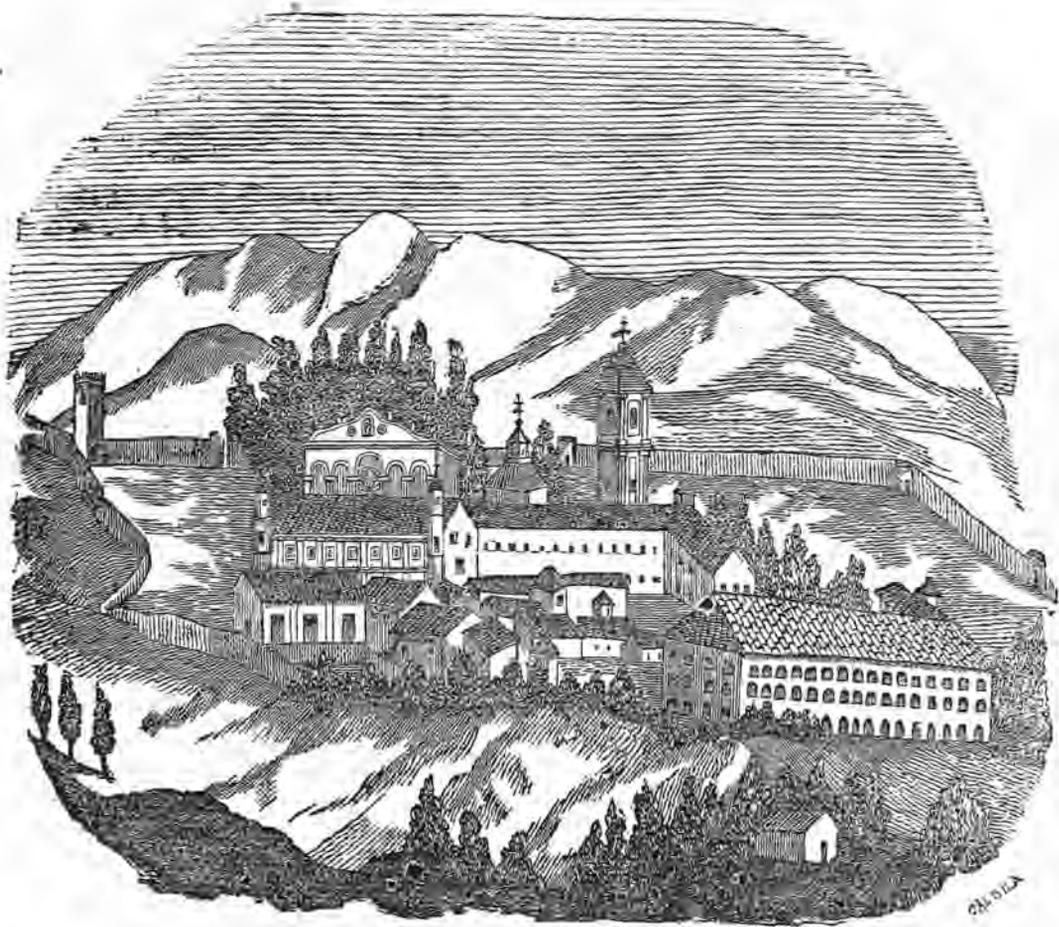
Se vé por lo dicho, que el libro de Tomas Moro es una especie de apólogo para combatir á su sombra la organizacion de las sociedades modernas, y bajo este aspecto la Utopia de Tomas Moro, asi como la república de Platon, no carece de ingenio y oportunidad. Su autor no fué perseguido por la publicacion de esta obra; se sabe ademas que permaneció fiel á la fé católica, y que prefirió morir á manos del verdugo, antes que reconocer la supremacia de Henrique VIII sobre la iglesia de Inglaterra con detrimento del Papa.

LOS MONTEROS DE ESPINOSA.

LOS Monteros de Espinosa, oficio antiguo y honorífico, que tuvo principio desde D. Sancho Garcia, conde de Castilla, año de XIII, hijo que era del conde D. Garcí Fernandez, que lo fué del valeroso conde Fernán Gonzalez y de Doña Sancha su esposa, hija de D. Sancho Albarca, rey de Navarra, pues queriéndole atosigar con yerbas, su madre, cual otra Cleopatra, reina de Siria, á Antioquío Grifo, su hijo, un caballero, mayordomo del conde D. Sancho Garcia, llamado Sancho, natural de la villa de Espinosa, lo descubrió, por cuya fidelidad adquirieron esta singular preeminencia, que puso en perfeccion la católica reina doña Isabel. Es patronial para hijos de la villa de Espinosa, y para entrar á servirle hacen informacion de nobleza y sangre. Salen de la antecámara con el mayordomo semanero, cuando de noche se cierra la puerta y quedan de guarda en la saleta, donde duermen. Gozan de grandes privilegios: en ellos les dá el Rey títulos de leales. Son libres de pechos, repartimientos y alcabalas, que no las pagan de ninguna cosa que venden. Antiguamente no habia en Castilla mas guarda que de Monteros de Espinosa.

Quien quisiere ver por estenso la honorífica autoridad de este oficio, la hallará doctamente escrita en libro particular del licenciado D. Pedro de la Escalera Guevara, fiscal de la Junta de oposito, sugeto dignamente venerado, en quien concurren nobilísima sangre, superiores etras, singulares noticias, y relevante erudicion.

ESPAÑA PINTORESCA.



EL MONASTERIO DE PIEDRA.

Al paso que cautivan nuestra atención las estampas extranjeras que representan vistas de otros países, como los lagos y montañas de la Suiza, los castillos de Francia, los palacios de Italia y las catedrales de Alemania é Inglaterra, apenas nos dignamos echar una mirada sobre los encantadores paisajes y las bellas construcciones de nuestra patria; y por lo común ni aun noticias tenemos de ellos, si no los encontramos al paso, ó algun inteligente llama sobre ellos nuestra atención. Mil bellezas yacen escondidas en nuestra patria, y otras mil han sido destruidas, ó están próximas á perecer, sin que el lapiz del artista haya sacado su mascarilla, antes de que vuelvan á la vida de que salieran. Por otra parte al paso que tropizamos por do quiera con vistas del Escorial, de la Giralda y otros varios puntos reproducidos hasta lo infinito, apenas encontramos ni aun dibujos de otros puntos no menos interesantes, sino por su grandeza, al menos por su hermosura y originalidad.

Esto sucede con el monasterio de Piedra, que en la actualidad nos ocupa, del cual quizá será la vista que

acompañamos la primera que ha ocupado el buril de los artistas; y con todo, este monasterio abrazaba en su dilatado recinto cuanto pudiera apetecer una imaginación entusiasta por las bellezas, principalmente naturales. Allí encontraría una soberbia cascada cual no la hay en España, paisajes encantadores, grutas de estalactitas, un conjunto de grandiosos edificios de diferentes géneros y gustos, y en fin un golpe de vista apacible y delicioso.

Este monasterio, que fué de monges Bernardos, está situado en Aragón á 4 leguas de Calatayud y 18 de Zaragoza, á cuya provincia corresponde. Su fundación se remonta á principios del siglo XIII en 1218 ó 1233 segun Don Juan Alvaro, que es lo mas probable. Es oriundo delde Peblet de Cataluña, de donde salió el abad Ganfrido con 12 monges á 9 de mayo de 1194, en tiempo del rey D. Alonso II el Casto de Aragón. Primeramente estuvieron estos monges en varios pueblos de tierra de Teruel, y principalmente en Cilleruelos, de donde los trasladó á Piedra el rey D. Jaime el Conquistador en la época citada.

Por esta razón se veía su estatua juntamente con la

de D. Alfonso á la puerta de la iglesia, estatuas que por cierto han sido horriblemente mutiladas á manos de la brutalidad, á pesar de los gratos recuerdos que ambos reyes inspiran á los aragoneses.

Ambos dotaron largamente este monasterio, que poseía seis magníficas granjas, entre ellas las de *Caos Cilleruelas*, *Zaragozilla* y *Ballestar*, la cual era donación de Don Pedro de Azagra, Señor de Albarracín, gran protector de esta casa, como todos los de su familia. Muchos individuos de ella se hallan enterrados en su panteón, como también una hija de D. Alfonso II, los infantes de Molina, el secretario Pasamonte y varios caballeros de las familias de Heredia, Junes y Revolvedu, oriundas de los pueblos inmediatos.

Entre sus abades célebres figuran el P. Vargas, fundador del monasterio de Monte Sion en Toledo, y reformador de su orden en Castilla, y D. Fernando de Aragon, hijo natural de D. Fernando el Católico, que después fue arzobispo de Zaragoza, y uno de los hombres mas célebres de Aragon, no solamente por sus ilustrados escritos, sino también por lo mucho que trabajó en el arreglo y defensa de sus fueros y en la aclaración de varios puntos interesantes de la historia. A él debemos la creación del empleo de Cronista de Aragon, tan útil no solamente para aquel país, sino para todo España por los célebres escritos de Zurita, Blancas Argensola, Dormér, y otros muchos célebres historiadores.

Por lo que hace á la fábrica del monasterio es un conjunto de edificios de diferentes géneros, que no deja de ser imponente y agradable. La inmensa muralla que le sirve de cerca es toda de piedra mármol sin pulir, de la cual hay grandes canchales en los montes que circundan el monasterio. De trecho en trecho se halla interrumpida por algunos cubos ó torreones que le dan el aspecto de una fortaleza. El que sirve de entrada es sobervio y airoso, y tiene sobre la puerta dos escudos, que creo sean del abad Don Fernando: su interior servia de cárcel ó reclusión en tiempos antiguos, no solamente para los monjes discolos, sino también para la numerosa servidumbre, que vivía dentro del monasterio, y que formaba una especie de pueblo, el cual elegía anualmente su alcalde con aprobación del Abad, para su gobierno civil.

Lo primero que se presenta á la vista del espectador es la hospedería (*cillería*) con su fachada de estilo gótico germánico que indica haberse construido hacia la época de los reyes católicos, en que prevalecía aquel.

En seguida se entra en una plaza formada por la fachada de la Iglesia, la hospedería y el palacio del Abad, que es de gusto moderno y no mala arquitectura. La de la Iglesia ofrece poco notable, y sus altares y adornos seguramente no eran del mejor gusto, en especial las pinturas que adornaba el trascoro eran indignas de aquel sitio. No así las del altar llamado el Relicario, pintadas sobre campo dorado y pertenecientes á la época en que principiaba á obrarse la restauración de las artes, dignas por tanto de la atención y observaciones de los inteligentes. La iglesia tiene la forma de una cruz latina perfecta y es de estilo gótico, aunque la mayor parte de los adornos apenas estaban en consonancia con él.

Poco mas ofrece de notable el monasterio, á no ser sus claustros anchurosos y tan dilatados cual no nos acordamos haber visto en otra parte, una escalera monstruosamente grande, celdas espaciosas y con bonitas galerías, sala capitular magestuosa y de estilo gótico, oficinas y salones cómodos y espaciosos. Por la parte de la huerta ofrece el monasterio una perspectiva agradable, por la triple hilera de treinta arcos, que forman sus galerías.

Un trozo contiguo á ellas estaba destinado á servir de

recreo á los monjes, dividido en pequeños jardines que cultivaban por sí, recreo harto conveniente á unas personas que se veían privadas de toda sociedad y trato, y sin poder entrar en las celdas de otros, sino despues de cuarenta años de hábito.

Pero lo que mas llama la atención son las bellezas naturales que agolpa dentro del recinto de su cerca; aun recordamos con placer un paisaje encantador que trae á la memoria las descripciones poéticas de nuestros clásicos. Despues de atravesar una espesura y pasar un arroyuelo sobre un puente improvisado con débiles maderos, entramos en un pequeño prado en forma de anfiteatro, y rodeado por todas partes de árboles y de maleza. Teufamos delante un montecillo igualmente arbolado, en medio del cual descollaba un álamo amarillento, á cuyo pie se desprendía una cascada á unas 20 varas de elevación. Cerca de ella varias grutas llenas de estalactitas producidas por la filtración de las mismas aguas que corren sobre ellas, imitaban las caprichosas labores, agujas y calados de templos góticos: la soledad del sitio, el ruido monótono de la pequeña cascada, y el murmullo del arroyo cristalino formado por ella, que en seguida atraviesa el prado mansamente, contribuyen á realzar este cuadro encantador, en el cual nada ha practicado la mano del hombre, por fortuna las bellezas naturales, aunque abandonadas á sí mismas, no se destruyen con la facilidad que las obras del arte.

Otras varias cascadas hay en la huerta de diferentes elevaciones y caprichos, ora cayendo perpendicularmente como cola de caballo, ora quebrándose contra las rocas con espumosa furia. Pero la mas admirable y sorprendente es la que denominan las gentes del país *el chorro palomero*. Todos los diferentes ramales del río *pedra*, reunidos dentro de la huerta, forman un caudal de aguas bastante considerable, que se precipita por entre dos rocas á una elevación de 70 varas. Al asomarse por primera vez junto al balconcillo suspendido sobre el abismo, cerca del arranque de la cascada, se siente el espectador poseído de un terror involuntario, que le obliga casi á retirarse. La vista se horroriza al penetrar hasta el fondo de aquel pozo de agua espumosa que llega abajo casi reducida á vapor, y el oído y hasta la imaginación se aturden con aquel rúico estruendo que encajonado entre las rocas, apenas tiene expansión.

Este estruendo se aumenta cuando no baja todo el caudal de agua necesario para formar bien la curva y salvar la punta de una roca contra la cual se estrella á la mitad de su caída, partiéndose en dos ramales. Detrás de este chorro se vé una oscura gruta en medio del abismo, dentro de la cual andan millares de palomas torcazes, de donde se deriva el título de *chorro palomero*.

En algunos dias templados del otoño la gran cantidad de vapor levantado por la caída impetuosa del agua, suele formar entre las rocas un fenómeno semejante al arco iris, y por la misma razón de la refracción de los rayos solares en las gotas de rocío. Cuando las palomas atraviesan por aquel vapor se las vé entonces bañadas de todos los colores del prisma, y dando en seguida una vuelta al rededor de la cascada se precipitan rápidamente dentro de la caverna. Son muy contados los que han tenido la audacia suficiente para descollarse hasta ella, en ocasiones que por estar cortado el río no bajaba agua por allí. Es muy notable este río además de las bellezas referidas por la transparencia y frescura de sus aguas, por su abundante y sabrosa pesca, especialmente de truchas, y sobre todo por la propiedad de petrificar los objetos que se meten en su corriente, lo cual dá lugar á mil raros caprichos. un junco medio metido en ella

sile al poco tiempo la mitad petrificado y la otra mitad en su estado natural.

Para que todo contribuya á embellecer este cuadro, tampoco le faltan sus tradiciones, para darle mas realce y recrear la imaginacion. Cerca del chorro de que acabamos de hablar, hay un gran peñon, ó por mejor decir, un cerro separado de los demas, que las gentes del pais llaman *la peña del diablo*. El origen de esta denominacion es el siguiente.—De resultas de haber librado los monjes de este monasterio á una señora evergúmena que vino desde tierra de Soria, con objeto de encomendarse á nuestra Señora de Piedra, se dieron por agraviados los desposeidos huéspedes, y determinaron quemar á todo trance el monasterio. Como los operarios eran muchos y diligentes, arrancaron en una noche todo el pinar inmediato, y llenaron el convento de leña. Ya principiaban á encender la madera y soplarla, cuando despertando los monjes al toque de maitines, se pusieron en oracion y lograron ahuyentar aquella chusma. Fue esto á tiempo que venia por el aire un diablazo grande trayendo entre sus manos aquella enorme peña para echarla encima del monasterio; pero al oír la campana la dejó caer en el sitio donde está. Detrás de ella hay un pequeño pero profundo estanque que llaman *la pesquera*, lo cual unido á otros indicios, hace creer que su desprendimiento sea efecto de alguna erupcion volcanica. Este suceso lo refiere muy detalladamente un libro titulado *Imágenes apartadas de Aragon*, y la gente del pais lo adorna con algunos detalles mas.

Quisiéramos no tener que decir nada acerca del estado actual del monasterio. En 1822 se presentó al gobierno una memoria sobre el mucho provecho que se podría sacar de la caída de aquellas aguas para varias fabricaciones: allí se hacia subir su fuerza comparada á un número asombroso de miles de caballos, que parecerá increíble á quien no la haya visto. Verdad es que la falta de caminos, transportes y otros mil obstáculos hacen ilusorias aquellas ventajas.

Por lo que hace á los objetos artisticos que llamaban la atencion en este monasterio, todos han sido dispersados como los miembros de un coloso caido, del que cada uno se lleva un trozo; pero nos guardaremos bien de deplorar la suerte de los que han sido conservados, cualquiera que sea el objeto á que se los aplique. La sillera del coro, algunos cuadros y libros con otros efectos de menor entidad, han sido transportados á la Universidad de Zaragoza, la cual por desgracia llegó algo tarde. Otros objetos han sido adjudicados á Calatayud, y finalmente el relicario (de que arriba hicimos mencion) vá á ser trasladado á esta corte, segun hemos oido, donde le verán con gusto los aficionados. El altar mayor, mole inmensa de madera dorada, aunque no del mejor gusto, ha sido destrozado á principios de setiembre de este mismo año, en virtud de una contrata del gobierno con unos extranjeros, que pagan á 14 rs. la arroba de madera dorada. Al ver las enjias tiradas por el suelo, derrocadas las columnas, y los adornos destrozados por el hacha para quitarles la sisa dorada, recordábamos con dolor aquellas palabras de un profeta, *se verá en el templo la abominacion de la desolacion*.

El edificio se halla en muchas partes ruinoso, y quizá antes de diez años apenas subsistirán de él mas que las partes sólidas. La enfermería se ha hundido, la fachada de la iglesia se está desplomando por momentos, y algunos techos de los claustros no se pueden atravesar ya sin peligro. Los extranjeros aficionados á los puntos de vista y á las bellezas naturales, suelen reunir en sus

jardines y casas de campo con muchos dispendios y trabajo, alguna que otra de las muchas que la naturaleza ha prodigado entre estas rocas. A veces para decorar sus jardines elevan un palacio suntuoso, que luego suelen volar con pólvora para tener una decoracion de ruinas. Ni aun este ornato faltará dentro de la muralla del monasterio de Piedra, pues quizá dentro de pocos años no quedará allí mas que la piedra del monasterio.

V. DE LA F.

MISCELANEA.

ANDALUZADA.

¿Es posible, decia un madrileño á un andaluz amigo suyo, que despues de seis meses que ha muerto tu mujer la lloras aun?—¿Cómo despues de seis meses?, repuso el andaluz, la lloraré seiscientos años; porque ha *embalsamado mi dolor para hacerle eterno*.

LA COFIA DE GARCI-PEREZ DE VARGAS.

La historia de las diferentes revoluciones y mudanzas que han experimentado nuestras costumbres de cuatro ó cinco siglos á esta parte, seria, segun el parecer de algunos, un presente muy interesante para nuestra moral. ¿Con qué placer, dicen, no se veria las preocupaciones de la ignorancia y de la barbarie, ir haciendo sucesivamente lugar á una razon sana é ilustrada?

Otros se creen con sobrados fundamentos para dudar que hallásemos mucha materia de triunfo en este paralelo. Y á la verdad, el *refinamiento* de que al presente hacemos alarde, ¿nos indecimizaria de la *rectitud* y de la *simplicidad* que formaban el carácter de nuestros abuelos?

Conocemos, por otra parte, que no somos capaces de erigirnos jueces en esta contestacion; ademas que toda comparacion suele ser odiosa. Pero no podemos ocultar que cuando vemos en nuestras antiguas historias el cuadro de las costumbres de nuestros padres, deseáramos que se hubiese hallado un medio de conservarlas y mezclarlas con las nuevas, por los cuales nosotros nos honreamos de sobresalir y distinguirmos.

¿Por qué las obras de Lopez de Ayala, de Ocampo, de Garibay, de Valera, y otros muchos escritores de tiempos remotos, nos agradan tanto en el dia aun á pesar de su lenguaje antiguo? Consiste en que el estilo de estos autores ha tomado el barniz de las costumbres que pintan, y estas costumbres están en la misma naturaleza. Hé aqui, á nuestro juicio, el verdadero origen de su atractivo (1).

(1) La sencillez y la verdad pura en cualquier siglo que sea llan siempre su oportunidad y su tiempo. *Montague*.

(2) Páginas 5 y apéndice, pág. 811. Edicion de Madrid, 1677 folio.

A este propósito osaremos citar aquí un romance antiguo que hallamos en el apéndice de los *anales de Sevilla de Ortiz de Zúñiga* (2), compuesto con el siguiente motivo.

« Los berberos, que la milicia moderna llama forrajeros, salían cada día escoltados de tropas, á que se alternaban caudillos, fué en uno el famoso Garcí-Perez de Vargas, acompañado de otro caballero, que inferior en intrépidez no osó esperar siete moros, que hubieron de Garcí-Perez ya solo, con ciéndolo al enlazarse la celada, y cobrar con repetida bizarría una cofia, que al ponérsela se le había caído, de que usaba de ordinario por ser muy calvo; mirable San Fernando (1) desde su tienda eminente á la campaña, y sin conocerlos los mandaba socorrer; pero conoció á Garcí-Perez en las armas D. Lorenzo Suarez, y advirtió al rey que para siete moros no necesitaba de socorro tal caballero, cuya valentía exageró S. Fernando, y mas su modestia, cuando reusó decir quien era el que lo acompañaba, guardándole con el silencio el honor de que él cuida tan poco (2). »

El romance dice así:

Estando sobre Sevilla
 El rey Fernando Tercero,
 Ese hourado Garcí-Perez
 Iba con un caballero:
 Solos van por un camino,
 Solos van por un sendero,
 Siete caballeros moros
 A ellos venian derechos:
 Dijo aquel á Garcí-Perez,
 No es bien que los aguardemos
 Que dos solos, pocos somos
 para siete caballeros.
 Respondiera Garcí-Perez,
 No es aqueso de hombres buenos,
 Mas si vos quereis seguirme
 A todos les ramperemos:
 No quiso su compañero,
 Las riendas vuelvo partiendo,
 Pidió García sus armas,
 Que las lleva su escudero:

(1) Entónces Fernando III de Castilla.

(2) Hé aquí tambien como refiere este hecho notable nuestro historiador Mariana.

«... Sobre todo (vá hablando de los caballeros de cuenta que mas se distinguieron en la conquista de Sevilla), Garcí-Perez de Vargas, natural de Toledo, de cuyo esfuerzo se refieren cosas grandes y casi increíbles. Al principio del cerco á la ribera del rio, do tenian soltadas de guarda para reprimir los rebatos y salidas de los moros, Garcí-Perez y un compañero, apartados de los demas, iban no sé á que parte: en esta al improviso ven cerca de sí siete moros á caballo: el compañero era de parecer que se retiraron; replicó Garcí-Perez que aunque se perdiese no pensaba volver atrás, ni con torpe huida dar muestra de cobardía. Junto con esto, ido el compañero, toma sus armas, cala la visera, y pone en el ristre su lanza: los enemigos, sabido quien era, no quisieron pelear. Caminando que hobo adelante algun tanto, advirtió que al enlazar la cagellina y ponerse la celada, se le cayó la escofia: vuelve por las mismas pisadas á buscalla. Maravillóse el rey que araso desde los reales le miraba: pensaba volvia á pelear; mas él tomada su escofia, porque los moros todavia esquivaron el encuentro, paso ante paso se volvió sano y salvo á los ayos por el camino comenzado. Fué tanto mayor la honra y prez de este hecho, que nunca quiso declarar quien era su compañero, si bien muchas veces le hicieron instancia sobre ello: á la verdad, ¿á qué propósito con infamia agena buscar para sí enemigos, y afrenta para su compañero sin ninguna loa suya? como quier que al contrario con el silencio demas del esfuerzo, dió muestra de la modestia y noble término de que usaba.»

Don Lorenzo Gallinato (1)
 Y el rey, están en un cerro;
 Don Lorenzo dijo á el rey,
 Veo solo un caballero,
 Que si los moros lo atienden,
 El hará un echo muy bueno:
 Vereis si no le conocen
 Un escojido guerrero.
 A punto vá Garcí-Perez,
 Su camino vá siguiendo.
 Los moros en un tropel
 Ademanan van haciendo,
 Pássase por medio de ellos
 Sin que le conozcan miedo.
 En las armas le conocen
 Y no osaron atendello.
 El se vá por su camino,
 Las armas dá al escudero,
 Echa menos una cofia
 Que traia so el capiello:
 Acuerta volver por ella,
 fasta dó se puso el yelmo.
 El escudero llorando
 Le dijo, non fagais eso,
 Que la cofia vale poco,
 Y podeis perdernos cedo.
 Espera aquí no te cures,
 Que es cofia de mucho precio;
 E labrada por mi amiga;
 Non la perderé si puedo,
 Volviendo por dó viniera;
 Alcanza los moros presto;
 Ellos que bien le conocen,
 No osaron atendello.
 Allí hallára la su cofia,
 Vniéyese con ella ledo:
 Dijo el rey á Don Lorenzo
 ;Ay Dios! que buen caballero.

COLORES DE LUTO

USADOS ENTRE DIVERSAS NACIONES.

En Siria llevan el luto de color azul celeste: en Egipto color de hoja seca, ó amarillento. Los etiopes lo usan ceniciento blanco; en el Japon y en nuestra Europa se lleva negro. Cada nacion cree tener buenas razones para obrar de este modo, que se dicen que el azul celeste denota el lugar ó sitio que se desea á los muertos. La hoja seca representa el fin de la vida; porque las ojas de las plantas cuando se marchitan ó mueren, se vuelven amarillentas. El ceniciento significa la tierra en la cual se convierten los cadáveres. El blanco indica la pureza de la vida del difunto; y el negro manifiesta la privación de la luz y de la vida.

ADVERTENCIA.

El 31 de octubre se ha repartido á los Sres. suscritores por tomos al SEMANARIO el de 1838, y continúa abierta dicha suscripcion por tomos en las librerías de Jordan, calle de Carretas; y de Cuesta, calle Mayor en los términos anunciados en el prospecto.

(1) Llamábase Don Lorenzo Suarez de Gallinato, y era amigo y compañero en valor de Garcí-Perez de Vargas.